

el canto vivaz de un coro cuyas voces proferian cientos versos, mas alegres que honestos, llamados *Fesceninos*, y de rigor sin embargo en semejantes ceremonias.

Durante el espléndido festin que reúne á los parientes y amigos de entrambas familias, de flores coronados en señal de alegría, otro coro de mancebos y doncellas, jóvenes todos y hermosos, entona en mas suave ritmo y mas casto metro el himno epitalámico. También canta Cecilia, pero allá en lo íntimo de su corazón, diciéndole al Señor, con el Rey Profeta: « Conserva siempre, ¡oh Señor! la pureza de mi corazón y de mis sentidos, y libra mi pudor de toda mancha! » — Las Iglesias cristianas, que cada año repiten esas palabras de la ilustre virgen el día de la conmemoración de su triunfo, conservan fielmente su memoria, y en honra del sublime concierto de Cecilia con los celestes espíritus, en testimonio de la superioridad inmensa de aquella divina melodía sobre todas las posibles en la tierra, saludáronla para siempre como Reina y Patrona de la Música.

Terminado el banquete, que los desposados presidieron sentados en el *triclinio*, lecho ó mas bien sofá capaz de tres personas, cercado las matronas á Cecilia, guiaron sus trémulos pasos al aposento nupcial, adornado con todo el lujo romano, y solemne además entonces por el silencio y la oscuridad que en él reinaban. De cerca la siguió Valeriano; mas apenas se vió la virgen con él á solas, cuando, inspirada por la grandeza de su propia fe que la hacia adivinar el alma de un hermano en la del hombre que por esposo se le diera, y queriendo asociarle á su bienaventuranza, como ella acababa de ligarse á su destino, díjole estas cándidas y dulces palabras: — « Joven y tierno amigo: tengo un secreto que confiarte, mas júrame antes que lo guardarás fielmente. » Prometió Valeriano lo que se le pedía, y Cecilia entonces revelóle sus votos, hablándole de la fe cristiana, y del Dios que reina en los cielos y en la tierra, y cuyo juicio nos aguarda mas allá de los límites de la tumba, con una devota unción, con una sobrenatural elocuencia, de esas que la humana retórica no explica, porque estriban en la sinceridad de la fe, en el ardor del celo, en la divina gracia sobre todo, y que por ella auxiliada vencen á veces las mas obstinadas resistencias, y pocas dejan de rendir á la fuerza de la verdad, las

conciencias timoratas, los corazones leales, y los ánimos despreocupados.

Conmovido por lo que de oír acababa, y dominado por un sentimiento que ni á evitar ni á retistir acertaba, consintió el esposo en avocarse con un anciano que le designó Cecilia: con el Papa Urbano, entonces refugiado en las Criptas (bóvedas subterráneas) de la Via Apia, para sustraerse á los rigores, mas ó menos declarados, de la persecución del gobierno imperial. Ocupaba entonces el trono de los Césares Alejandro Severo, personalmente á los cristianos favorable; pero que tan débil como benévolo, ya que el mal no hiciese, dejábasele á sus ministros hacer impunemente. Digamos sin embargo, en honor de la verdad, que un Príncipe que empuñó el cetro á las trece años de su vida, y perdióla antes de cumplir los veinte, ni pudo dejarnos testimonio de lo que tal vez fuera en edad madura, ni sustraerse á la influencia de sus consejeros, legistas expertos entre los cuales floreció Ulpiano, pero también peligrosos enemigos de la Religión Cristiana. Como quiera que fuese, mártires hubo en el reinado de Alejandro Severo, y el riesgo parecióle entonces bastante grave al Pontífice Urbano, para exigir prudentes precauciones.

Lo que la dulzura de Cecilia habia comenzado terminó con su grave palabra el Sumo Sacerdote: convencido fácilmente Valeriano de las verdades cristianas, tardó poco en recibir el bautismo.

Rejuvenecióle, por decirlo así, el maravilloso Sacramento, penetrando su alma del íntimo gozo que en todas engendra el acercarse á su Creador; y como el fuego de la beatitud es de suyo expansivo, imposible le fué á Valeriano dejar de procurar comunicárselo á su hermano Tiburcio. Con afectuosas razones comenzó, en efecto, por ablandarle el corazón preparándole así á recibir la regeneradora semilla; mas Cecilia, que quiso naturalmente asociarse á la buena obra de su esposo, fué quien con inspirado acento supo demostrarle á Tiburcio la falsedad de la religión pagana, y lo absurdo de un culto á inanimados ídolos rendido. Rindiéndose al cabo á la elocuente crítica, hubo el catecúmeno de confesar un día que « no había medio en efecto de pensar cosa buena de las Deidades del Olimpo »; oyendo lo cual, abrazóle Cecilia tiernamente, exclamando: — « Ahora sí que verdaderamente te reconozco por hermano. » — Llevado Tibur-

ció ante el Papa, tardó poco en seguir el ejemplo de Valeriano recibiendo á su vez el bautismo.

Probablemente por efecto de la guerra contra las Persas, tuvo Alejandro Severo que salir de Roma en la primavera del año 230; y aprovechándose de su ausencia y alejamiento el Prefecto de la Ciudad, Turcio Almachio, entregóse sin freno á perseguir á los Cristianos, haciendo perecer á un gran número, y llevando la barbarie hasta el punto de prohibir que se diera sepultura á los cuerpos de los mártires. Ni Valeriano ni Tiburcio se conformaron con tan absurda providencia, resultando de ello, como no podía menos, que ante el tribunal del Prefecto fuesen á comparecer citados.

Mas dispuesto á intimidarlos que por el momento á castigarlos, Almachio limitóse al comenzar su procedimiento contra los dos hermanos á reprenderlos por las simpatías que mostraban en favor de una secta legalmente proscrita, así como por el mal uso que de sus riquezas hacian empleándolas en dar sepultura á los ajusticiados.

Procediendo en seguida al interrogatorio, entablólo sin acritud ni amenazas, pero las resueltas contestaciones y la valerosa profesion de fe que los acusados hicieron, dando presto al traste con su mentida moderacion, lleváronle al habitual camino de todos los perseguidores cuando son los mas fuertes: el de la violencia. Su primera sentencia contra Valeriano, por el delito de haber probado que Júpiter, segun los mitos paganos, estaba muy lejos de poder compararse á ningun honrado, fué condenarle á la fustigacion por mano y con las varas de los lictores: mas, advertido á tiempo por su asesor Tarquinio, y comprendiendo que si retardaba aun la pena capital, las riquezas de los dos hermanos estarian ya en poder de los pobres cuando quisiera el Fisco reclamarlas, enmendó y suplió en el acto su primer fallo condenando á los patricios Valeriano y Tiburcio, á ser degollados. En el momento supremo acudió Cecilia á sostener con su presencia y palabra á entrambos héroes, cuyas gargantas segó á su vista la cuchilla de los verdugos, dejando en libertad á sus almas para que, libres ya de los caducos lazos, volaran al cielo donde la vírgen-esposa del uno, y del otro hermana, les ofreció con ellos reunirse en breve. Tenia razon Cecilia: eran demasiadas las circunstancias que sobre ella llamaban la

atencion pública para que Turcio, una vez ya en la senda de la crueldad tan adelantado, dejase de hacerla blanco de sus rigores. Comenzó el Prefecto, no obstante, su persecucion con cierta timidez, como si recelara la desaprobacion del Emperador, y que aquel pudiera un dia acusarle de haber llevado las cosas al extremo dando lugar á un trágico desenlace. Así pues, su primer paso fué mandar algunos ministros de justicia á que exigieran de Cecilia un homenaje cualquiera, por insignificante que fuese, en obsequio de los Dioses del Imperio: mas la heroina respondió á la intimacion con tal firmeza, habló con tal energía, que conmovidos unos y arredrados otros, obligólos á todos á otorgarla un breve plazo moratorio, de que ella se aprovechó para hacer bautizar por el Papa Urbano á los que de convertir á la fe acababa, y sustraer sus bienes á la rapacidad del Fisco.

Llegado en fin el dia de su comparecencia en el Pretorio, vamos á ver cómo se condujo ante el implacable Turcio, quien entabló el interrogatorio, preguntándola:

— ¿Tu nombre?

— Cecilia me llaman. Mas tengo mejor nombre: soy Cristiana.

— ¿Tu condicion?

— Matrona Romana y de noble linage, ilustre raza.

— Tu nobleza es notoria; por tu religion, es por lo que te pregunto.

— Mal lo haces entonces, puesto que tu pregunta exige dos respuestas.

— ¿Quién te da valor para responderme así?

— Mi conciencia tranquila, y mi fe sincera!

Así continuó el interrogatorio no muy en gloria de Almachio ciertamente, hasta que ya cansado de la falsa posicion en que la rectitud y dignidad de las contestaciones de Cecilia le habian colocado, exclamó iracundo:

— He despreciado filosóficamente tus injurias, mientras á mí las dirigiste: mas ahora ofendes á los Dioses, y eso no puedo ya tolerarlo.

Temeroso sin embargo de condenar á público suplicio á la jóven, bella y noble vírgen, cuyos discursos interesaban todos los corazones, dió ostensiblemente la orden de llevarla á su propia casa, y en secreto la de hacerla

morir sin escándalo en la Estufa (1), ó sala de baños calientes del palacio mismo. Todo el resto de aquel día y su noche entera resistió Cecilia milagrosamente la mortal influencia de la abrasada atmósfera en que sus verdugos la encerraron; y como á la mañana siguiente la hallasen aun con vida, mandóse á un lictor que con el hacha le dividiera la cabeza de los hombros. Obedeció el sayon; mas turbado y torpe, hirió tres veces á la inmaculada virgen, sin concluir quitándole la vida con sus terrenales padecimientos; y como la ley no permitía mas de tres golpes, abandonó á su víctima espirante y en su propia sangre bañada, sin osar rematarla.

Así, después de una larga agonía, y rodeada del pueblo cristiano que con su Pontífice acudió, aunque en vano, á cerrar sus heridas, espiró al fin Cecilia, en medio de la veneracion y del llanto de sus hermanos, encomendando al cuidado del Pastor Supremo los pobres, cuyo amparo fué ella misma mientras de este mundo fué habitante. A la noche siguiente, el Papa mismo ofició asistido de los diáconos, en los funerales de la Santa, depositando sus mortales restos en el cementario Prætexto, de la Via Apia, entre Pontífices y gloriosos mártires. Un mes mas tarde, tambien Ulpiano obtuvo la palma perdiendo valerosamente la vida por confesar la fe de Cristo.

Tales fueron la vida y la muerte de Cecilia, una parte de cuya historia está escrita con elocuentes caracteres en la Iglesia de su advocacion, que ocupa, he dicho al principio, el solar mismo que en otro tiempo la casa de la Santa patricia. Su fecha data, cuando menos del siglo V.; reedificóla el Papa Pascual 1º á principios del IX; y en la época del renacimiento hicieron en ella reparos de consideracion y embellecimiento, completados en 1740 y 1847. El aspecto general de aquel templo es imponente. Su pórtico, que ostenta cuatro columnas de granito rojo y mármol africano, fué construido en el siglo XVIII, segun planos de Fernando Fuga; y tiene un carácter grandioso, que completa y corona dignamente un campanario de

(1) Llamábase en latin *Caldarium* ó *Sudatorium* con mas propiedad; y los baños que allí se tomaban eran de vapor. Nada mas fácil, atendida la construcción de aquellos baños, que asfixiar á cualquier persona en ella encerrada. Véase á Mazois *Ruinas de Pompeya*; y Vitrubio, *De architectura*, lib. 5º. cap. 1º. (N. del A.)

ladrillo, venerable resto de la piedad de los primitivos tiempos de la Iglesia romana.

Dentro del templo, á derecha é izquierda de su ingreso, dos cardenales, de los siglos XIV y XV, parecen sobre sus marmóreos sepulcros centinelas vigilantes de aquel lugar santo: pero dejélos sin que el paso me estorbaran, y después de hacerme cargo de un crucifijo pintado al fresco, tomando la nave de la derecha entré en un corredor á manera de claustro, cuyas paredes están cubiertas de paisajes tambien al fresco pintados por Pablo Brilli. Condújome aquella especie de vestibulo derechamente á un oratorio ó capilla, llamado el Baño de Santa Cecilia, y que es en realidad un elocuente testimonio del genero de martirio que puso término á su santa vida.

Al través de una verja, en efecto, contemplé aquella Estufa, algo mas pequeña que las Termas públicas; el *Hipocausto* (hornillo) con su caldera aun por la acción del tiempo incompletamente oxidado; la cañería en fin de barro cocido y de plomo, que daba paso al vapor, amparada por unas planchas de cobre en las paredes clavadas. En el altar de la capilla vese un cuadro en que el pincel elegante de Guido Reni ha representado el martirio de la Santa.

Dejando el oratorio ví al paso el sepulcro del Cardenal Sfondrate, que reparó la iglesia á fines del siglo XIII; un San Andrés y una Magdalena de Baglioni; y detúveme al cabo á examinar el mosaico del crucero bastante bien conservado, y aunque ya sin el pristino brillo de sus ricos esmaltes. En su centro figura la imágen del Redentor, revestido de un áureo manto; á su izquierda San Pedro, y en pos de él Valeriano y Cecilia, esta con una corona compuesta de dos hileras de perlas en la mano, sujeto el cabello con una cinta á la manera de las infulas griegas, y en el cuello tres hilos de perlas por collar; á la derecha del Señor se ve á San Pablo, á Santa Agata, y al Papa Pascual; á una y otra parte, terminan el cuadro, finalmente, sendas palmeras de fruto cargadas. En la alto de la bóveda del crucero mismo se lee el monograma de Pascual; y al pié una inscripción latina que contiene su dedicatoria á Santa Cecilia de aquel suntuoso monumento del arte bizantino.

Acerqueme en seguida al altar mayor, consagrado tambien á la Santa,

y al contemplarlo apoderáronse de mi espíritu una emoción y un sentimiento indescriptibles. — A la verdad la magnificencia de su ornamentación es más que digna de la atención del curioso inteligente, cuya vista debe deleitarse contemplando cómo se armoniza la riqueza de profusos adornos de bronce con las elegantes formas de todo el monumento; cuán bien parece bajo una bella cúpula de mármol por cuatro soberbias columnas de igual materia talladas, la oblonga hornacina radiante con los reflejos del alabastro, del lapislázuli, de infinitas preciosas piedras á cual más rara. Mas no es eso, sin embargo, lo que sorprende y conmueve; el arte cautiva, la riqueza deslumbra: pero lo que al alma llega es la bellísima estatua de la Santa, obra del cincel de Estéban Maderno. Cecilia yace sobre el lado derecho, como si durmiera; caídos los yertos brazos ante el cuerpo; la cabeza, en gran parte velada, en una postura llena de encanto; toda la escultura, en fin, tiene una gracia y respira una modestia incomparables una y otra. Tal fué encontrada Cecilia, y el artista no ha hecho más que reproducir su efígie tan fiel como hábilmente, cuando se abrió, el año de 1559, el féretro en que reposaba trece siglos había, con su ropa de brocado de oro, aun de su noble sangre salpicada.

Largo tiempo después de salir de la Iglesia duraban aun en mí las impresiones en ella recibidas; más de una vez ocupa mi memoria el recuerdo, y conmovió mi alma el ejemplo de las virtudes de la que, descendiente de los Reyes de Roma, hija de ilustres patricios, esposa en la tierra aunque de nombre solo de un Valeriano, y en el cielo realmente de Jesucristo, á su fe en el Crucificado sacrificó valerosa cuanto en el mundo puede satisfacer el orgullo ó interesar el corazón de las criaturas mortales. De corazón pues, y espontáneamente consagro hoy estas líneas á Santa Cecilia: la Arquitectura le ha elevado monumentos en magníficos templos, como la catedral de Albi, por ejemplo; la Escultura produjo en honra suya la obra maestra de Estéban Maderno; citariamos aquí á David (1), si no hubiera rebajado á la Santa hasta hacer de ella una graciosa pero profana Musa; mas no por eso se queda atrás la Pintura que, sobrepujándose á sí misma para reproducir el mágico conjunto de virtudes

(1) El pintor francés. N. del T.)

y perfecciones de nuestra heroína, dió de sí las obras inmortales de Pablo Veronese, Tempesta, Guido Reni y Carlo Dolci, las maravillas del Dominiquino en el colegio de San Luis de los Franceses, en Roma, y Rafael en fin, cuyo admirable cuadro de la Santa para el Museo de Bolonia, fué el que hizo prorumpir al Corregio en su famoso y profético grito: *Anch'io son' pittore!*

Pero hay un arte que reconoce y honra á Santa Cecilia como su especial patrona, uniéndose á la Iglesia que por las causas que dejamos explicadas la proclamó Reina de las armonías cristianas. Poniendo bajo la guarda de la bienaventurada vírgen las inspiraciones, confiesa el Arte música, que en todos los géneros hay que buscar en el cielo el tipo de la belleza, y que el superior sentimiento de la armonía, sobre todo, de un corazón puro puede solo emanar, y al cielo debe elevar el alma, como en su magnífica oda á Santa Cecilia lo dice el poeta inglés en estos versos:

Of Orpheus now more let poets tell,
To bright Cecilia greater pow'r is giv'n;
His number rais'd a shade from hell,
Her's lift the soul to heav'n. (2)

POPE.

(2)

No mas, Poetas, ya del Tráse Orfeo:
¡Vencióle de Cecilia el dulce encanto!
¡Si él una sombra arrebató al Leteo,
Ella el Eden nos abre con 'su canto!

